

Miguel León-Portilla, Tonantzin Guadalupe, Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el “Nican mopohua”, México, El Colegio Nacional y Fondo de Cultura Económica, 2000, 202 p.

Una nueva versión traducida del náhuatl al castellano nos ofrece Miguel León-Portilla del manuscrito conocido como *Nican mopohua*. Lejos está el autor de meterse en asuntos ajenos a la historia. Ya en la *Introducción* nos advierte, en varias ocasiones, que su intención es atender dos aspectos fundamentales que él observa en el manuscrito, aspectos de los que se derivan otros no menos importantes y a los que dedica su atención. En palabras de León-Portilla:

Reiterando que no concierne a la historia demostrar o rechazar la existencia de milagros, apariciones o teogonías, y apartándome de de la increíblemente prolongada polémica entre creyentes guadalupanos y antiaparicionistas, señalaré en qué me parece está el interés del relato del *Nican mopohua*. Hay dos hechos que tengo por evidentes. Uno es que, además de ser este texto una joya de la literatura indígena del periodo colonial, es también presentación de un tema cristiano, expresado en buena parte en términos del pensamiento y formas de decir las cosas de los *tlamatinime* o sabios del antiguo mundo náhuatl.

El otro hecho, también insoslayable, es que la figura central del relato, Tonantzin Guadalupe —más allá de la demostración o rechazo de sus apariciones—, ha sido para México tal vez el más poderoso polo de atracción y fuente de inspiración e identidad.¹

De lo antes dicho hay que aclarar que la historia y la antropología ayudan, entre muchas cosas más, a dilucidar aspectos religiosos que se dan en los pueblos del pasado. Los trabajos de diversos investiga-

¹ Miguel León-Portilla, *Tonantzin Guadalupe. Pensamiento náhuatl y mensaje cristiano en el “Nican Mopohua”*, México, El Colegio Nacional y el Fondo de Cultura Económica, 2000, p. 14.

dores sobre el tema que nos ocupa han aportado y aclarado puntos poco claros del mismo. El libro que hoy presentamos es buen ejemplo de esto.

Definido así el interés del relato, de inmediato nuestro autor plantea otros dos asuntos derivados del primero de ellos, o sea, de las presencias del pensamiento indígena en el *Nican mopohua* y la manera de expresarlo. Para ello se dispone a atender dos aspectos esenciales: primero, el posible autor del manuscrito y la fecha en que este fue elaborado, además del contenido del mismo. En segundo lugar, el análisis de la estilística prehispánica perceptible en el relato y la cosmovisión en ella implícita.

En cuanto al autor del escrito, León-Portilla hace un buen resumen de aquellos investigadores que han intervenido sobre el tema. Todo parece apuntar hacia la persona de Antonio Valeriano. Así lo piensa don Carlos de Sigüenza y Góngora, quien en su *Piedad Heróyca de don Fernando Cortés*, citada por León-Portilla, señala:

“El original en mexicano está de letra de don Antonio Valeriano”.²

Por su parte, Boturini Benaduci vuelve acerca del tema e insiste:

Por unos fragmentos históricos que copié de sus originales, del célebre Carlos de Sigüenza y Góngora... me consta que don Antonio Valeriano, originario de Azcapotzalco, indio cacique y maestro que fue de retórica en el Imperial Colegio de Tlatilulco, escribió la *Historia* de las apariciones de Guadalupe en lengua náhuatl, y el mismo Sigüenza, bajo juramento, confiesa que la tenía en su poder de puño de don Antonio, que quizá es la que imprimió el bachiller Lasso de la Vega...³

Autores actuales también se han inclinado a adjudicar a la mano y al intelecto de Valeriano el *Nican mopohua*. Uno de ellos es don Edmundo O’Gorman, quien en su libro *Destierro de sombras* afirma categórico lo que León-Portilla cita en su estudio:

“...tenemos por conjetura la más plausible y segura que Valeriano compuso el *Nican mopohua* en 1556”.⁴

² Carlos de Sigüenza y Góngora, *Piedad Heróyca de don Fernando Cortés*, edición de Jaime Delgado, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1960, p. 24.

³ Lorenzo Boturini, citado por León-Portilla, p. 25.

⁴ Edmundo O’Gorman, *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tēpeyac*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1986, p. 32-33.

Lo contundente de la afirmación en cuanto al año de su elaboración no parece contrariar a los estudiosos. León-Portilla cita a Bierhorst y especialmente a James Lockhart, ya que este último piensa que el relato pudo ser escrito desde 1550 o 1560 en adelante. El mismo León-Portilla hace ver las razones que podrían haber provocado lo anterior. Resulta que el 8 de septiembre de 1556, fray Francisco de Bustamante, provincial de los franciscanos de México, señaló en su sermón la inconformidad en contra del arzobispado por el culto que se rendía en la ermita del Tepeyac a la Virgen María como si fuera Dios. El arzobispo, que a la sazón lo era Alonso de Montúfar, se dio a la tarea de citar declarantes como testigos de lo que ocurría en el lugar. El revuelo que causó lo dicho por Bustamante pudo influir para que Valeriano escribiera acerca de las apariciones allí ocurridas a petición del granadino Montúfar, a quien también se atribuye la solicitud para que se pintara una nueva imagen. León-Portilla plantea una hipótesis a partir de lo asentado por O’Gorman, en los siguientes términos:

Conociendo la fama de que gozaba Valeriano como hombre sabio y maestro en el dominio de su lengua y antigua cultura, ¿pudo ser que, en el contexto de esa notoria atracción que ejercía la ermita de Guadalupe en el Tepeyac, donde como él bien lo sabía, se había adorado a Tonantzin, la diosa Nuestra madre, se sintiera atraído a escribir un relato que hablara sobre el origen de la pintura y la consiguiente devoción?⁵

Ya que tocamos este punto vale la pena preguntarse ¿quién era Antonio Valeriano? La respuesta nos la da el mismo León-Portilla. Se refiere a él como oriundo de Azcapotzalco, nacido entre 1522 y 1526 y alumno del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco desde 1536 aproximadamente. Fueron sus maestros fray Andrés de Olmos y fray Bernardino de Sahagún. Este último se refirió al alumno como “el principal y más sabio” y el mismo Torquemada admitía haber aprendido el náhuatl de tan distinguido alumno —y maestro—, que hablaba el náhuatl, el castellano y el latín. Casó con la hermana de Alvarado Tezozómoc y fue gobernador de Azcapotzalco. Murió en 1605.

Conocedor tanto del mundo indígena como de los principios cristianos, no vemos nada descabellada la idea de León-Portilla en cuanto a las razones que pudieron impulsar a Valeriano a escribir de las apariciones. Para ello sigue el patrón que, por lo general, acompañan a estos acontecimientos. Los he dividido en cinco puntos que son:

⁵ León-Portilla, *op. cit.*, p. 44.

- 1º La aparición escoge a una persona humilde, sencilla, que será el interlocutor con la divinidad.
- 2º La persona escogida debe acudir ante el representante eclesiástico para decirle lo que está ocurriendo.
- 3º Siempre se pone en duda el mensaje al provenir de personas sencillas sin mayor pulimento.
- 4º Es necesario que ocurra un portento sobrenatural para que el relato sea aceptado.
- 5º En el lugar de los acontecimientos se construye un oratorio para que los fieles acudan a orar y solicitar favores.

Los ejemplos de lo antes dicho están presentes en buen número de apariciones marianas. El mismo León-Portilla nos recuerda los casos más recientes de Lourdes y Fátima. En el caso de Tonantzin-Guadalupe el patrón se repitió una vez más. El personaje de Juan Diego reunía las características señaladas para ser el portador del mensaje celestial. El relato lo describe como hombre del pueblo, simple macehual, “infeliz jornalero, como cuerda de los cargadores [mecapal], cola y ala, cuyo destino es obedecer y servir, ser llevado y ser tenido como carga” .⁶ Estas palabras nos recuerdan aquellas con las que se autonombra el cronista Cristóbal del Castillo, cuando en su *Historia de la Conquista* dice:

“...yo soy un necesitado, un pobrecito, le provocho asco a la gente, solo causo compasión cerca de mi miseria”.⁷

Pero ¿qué podemos decir acerca de Tonantzin Guadalupe? Conforme al relato, la aparición ocurrió en diciembre de 1531, apenas a diez años de la conquista de Tlatelolco y Tenochtitlan.. En ese momento los frailes llevaban adelante la evangelización y recurrían a todos los medios a su alcance para lograrla. Se hacían representaciones masivas con la participación indígenas de las llamadas “danzas de la conquista” o la de “moros y cristianos”. Baste recordar “La conquista de Rodas”, representada en la ciudad de México en 1538 o la “Conquista de Jerusalem”, en Tlaxcala, un año después el día de Corpus Christi. También se acudió a las capillas abiertas y a los grandes atrios conventuales para que los indígenas participaran en la misa, pues en el mundo prehispánico no se acostumbraba que se penetrara al interior

⁶ *Ibid.*, p. 67.

⁷ Federico Navarrete Linares, *Historia de la venida de los mexicanos y otros pueblos e Historia de la Conquista*, de Cristóbal del Castillo, México, INAH-Proyecto Templo Mayor, 1991, p. 105.

del templo como lo hacían los católicos. Catecismos como el de Testera también ayudaban a la obra pía. Todo esto se acompañaba con la destrucción de los templos indígenas y el aprovechamiento de la piedra para la construcción de las iglesias y conventos cristianos.⁸ Sin embargo, faltaba la presencia celestial. No es de extrañar que se acudiera a la aparición de la Virgen de Guadalupe, Virgen extremeña, moruna, de la que eran devotos algunos de los conquistadores pues desde varios siglos atrás, antes de la conquista de México, se le rendía culto en España. Su eficacia había sido probada en la lucha en contra de los moros. Su nombre mismo, al parecer, está compuesto en parte en lengua árabe. Su “aparición” en el cerro de Tepeyac no es cosa fortuita: allí se adoraba a Tonantzin, Nuestra Madre.

Cabe aquí hablar acerca de los problemas que enfrentaba la evangelización. Ya leemos en Motolinía cómo se queja de la idolatría contra la que tenían que luchar. Dice el franciscano:

Y luego casi a la par en Tlaxcallan comenzaron a derribar y destruir ídolos, y a poner la imagen del crucifijo, y hallaron la imagen de Jesucristo crucificado y de su bendita madre puestas entre sus ídolos”... “Entonces vieron que tenían algunas imágenes con sus altares, junto con sus demonios e ídolos; y en otras partes la imagen patente y el ídolo escondido, o detrás de un paramento, o tras la pared, o dentro del altar, y por esto se las quitaron, cuantas pudieron haber, diciéndoles que si querían tener imágenes de Dios o de Santa María, que les hiciesen iglesia. Y al principio por cumplir con los frailes comenzaron a demandar que les diesen las imágenes, y a hacer algunas ermitas y adoratorios, y después iglesias, y ponían en ellas imágenes”...”para hacer las iglesias comenzaron a echar mano de sus teocallis para sacar de ellos piedra y madera, y de esta manera quedaron desollados y derribados; y los ídolos de piedra, de los cuáles había infinito, no sólo escaparon quebrados y hechos pedazos, pero vinieron a servir de cimientos para las iglesias; y como había algunos muy grandes, venían lo mejor del mundo para cimiento de tan grande y santa obra.⁹

No es de extrañar, por lo tanto, que primero Bustamante y después Sahagún se opusieran al culto del Tepeyac, pues bien sabían que podría haber en ello presencia de idolatría en la conjunción Tonantzin-Guadalupe. A mayor abundamiento acerca de la resistencia indígena en contra de la evangelización, tenemos los pedazos de esculturas antiguas que servían de “cimiento a tan grande y santa obra” que eran,

⁸ Eduardo Matos Moctezuma, “Tlaltecuhli, Señor de la Tierra”, en *Obras*, México, El Colegio Nacional, 1999, v. 1, t. 2.

⁹ Fray Toribio de Benavente, Motolinía, *Memoriales*, México, UNAM, 1971.

entre otras, las figuras de Tlaltecuhltli que estaban colocadas siempre boca abajo por tratarse del Señor de la Tierra. Muchas veces he referido aquel momento en que el fraile observa el tallado de las piedras que, de dioses prehispánicos como Tlaltecuhltli, se van a convertir en bases de columnas coloniales, como lo ha constatado la arqueología. El fraile advierte que hay un “demonio” grabado y le requiere al indígena que no debe quedar a la vista.

- No se preocupe su merced. Va a quedar boca abajo...

Con lo cual la santa obra quedaba sostenida sobre tan endeblés cimientos...¹⁰

De todo esto debió tener noticias Antonio Valeriano. El escrito, como lo hacen ver diversos estudiosos del tema, está redactado en un lenguaje “noble” y en el se aprecian las dos formas de pensamiento. León-Portilla ha separado muy bien las expresiones en que se manifiesta el pensamiento náhuatl y el cristiano. Veamos algunos ejemplos. Uno de ellos lo vemos en la concepción del *Xochitlalpan*, la Tierra florida, y en el *Tonacatlalpan*, la Tierra de nuestro sustento, lugar del dios del agua. Por otra parte, el recurrir al tema de las flores era una constante en los viejos cantos nahuas, nos dice León-Portilla. La presencia del colibrí en el relato nos remite al numen Huitzilopochtli. La manera en que se describe el vestido de la Virgen recuerda las metáforas antiguas: jades, turquesas, plumaje de quetzal... Los diminutivos y los diálogos nos llevan a los *Huehuellatolli*. Agrega un aspecto interesante: la manera en que la Virgen María se nombra acudiendo a términos nahuas que se relacionan con la más alta divinidad. También la manera en que se elude mencionar al Mictlan, que los frailes confundieron con el infierno, en el pasaje en que dice que es madre de Dios, dueño de los cielos y de la superficie terrestre, sin aludir a la región de los muertos. Dice así esta parte del relato:

...en verdad soy yo
la en todo siempre doncella,
Santa María,
Su madrecita de él, Dios verdadero,
Dador de la vida, Ipalnemohuani,
Inventor de la gente, Teyocoyani,
Dueño del cerca y del junto, Tloque Nahuaque,
Dueño de los cielos, Ilhichahua,
Dueño de la superficie terrestre, Tlalticpaque.¹¹

¹⁰ Matos Moctezuma, *op. cit.*, p. 103.

¹¹ León-Portilla, *op. cit.*, p. 103.

En relación al mensaje cristiano, nuestro autor ve varios aspectos que considera evidentes. Uno es aquel que se refiere a quién es Dios y a la Virgen María y sus cualidades divinas y el papel que desempeñan como protectores de los seres humanos. Otro es buscar "...elucidar cuestiones de difícil comprensión como el sentido cristiano del existir en la tierra, el sufrimiento y la muerte".¹²

Hay un aspecto que León-Portilla considera como insoslayable —y tiene razón— en relación a la guadalupana en su carácter de símbolo y fuente de inspiración e identidad para el mexicano. Siempre me he preguntado por qué razón la imagen, tan venerada en la colonia como en todos los tiempos, que sirvió como estandarte en la lucha independentista, no quedó plasmada en la bandera nacional. El color blanco, que representaba la pureza de la religión católica, hubiera sido lugar apropiado para la imagen, pero no ocurre así. Su lugar lo ocupa el símbolo azteca del águila parada en el nopal devorando a la serpiente. Fueron circunstancias políticas y sociales del momento que se vivía lo que determinó que la efigie de Huitzilopochtli, pues el águila lo representa, quedara plasmado como símbolo nacional. Era la necesidad de un pueblo de reencontrarse con su pasado negado por varios siglos de colonia...

Por último, en la tercera parte de su obra que titula "Una nueva traducción del *Nican mopohua*", justifica la versión que nos brinda y la compara, por ejemplo, con la de Primo Feliciano Velázquez. Además, trata de asuntos gramaticales, ortográficos y léxicos que estoy muy lejos de entender, por lo que los dejo en manos de otros estudiosos, aquí presentes, que tienen mejores argumentos para hacerlo.

Estamos, pues, ante una nueva versión del *Nican mopohua*. No hay lugar a dudas en cuanto a lo valioso que resultan las investigaciones que sobre el tema emprendió Miguel León-Portilla. Su atención se centra en el texto mismo y en el encuentra las formas del pensamiento náhuatl y del mensaje cristiano. El escrito, por lo tanto, conjuga ambas tradiciones, como lo ha hecho notar el autor con bellas palabras dedicadas a la obra de Antonio Valeriano:

"En él acercó dos visiones del mundo, creencias diferentes, metáforas y atisbos, trama y urdimbre de hilos multicolores...".¹³

EDUARDO MATOS MOCTEZUMA
Instituto Nacional de Antropología e Historia

¹² *Ibid.*, p. 68.

¹³ *Ibid.*, p. 47.